

viese compasion de él, ó que al menos le diera alguna respuesta ; pero él me dijo que no merecia ser curado, y que Dios le habia enviado este mal para castigarle. Y si vos deseais, añadió él, que sea curado, haced que se resuelva á abstenerse durante toda su vida de celebrar los santos misterios.

« Yo le pregunté la razon de esto, y me respondió que era porque celebraba en mal estado, por lo cual Dios le castigaba ; pero que si por temor de ofenderle, dejaba de caer en los crímenes que habia cometido despreciando su justicia, Dios le curaria.

« Yo me fui á dar esta respuesta á aquel pobre desdichado, y premetióme con juramento de no desempeñar durante su vida funcion alguna del sacerdocio. Entonces el Santo le hizo entrar y le dijo : » ¿ creceis vos que hay un Dios al cual nada puede ocultarse ? » — « Si, lo creo, Padre mio, respondió él. » — « Si, pues, vos reconocéis, continuó el Santo, la enormidad de vuestro crimen, y que por un justo castigo os há enviado Dios esta enfermedad, corregios en adelante. » El sacerdote confesó entonces su pecado, prometió no volver á caer más en él y no celebrar más misa ; sino que viviria como un lego. Viéndole el Santo en esta buena disposicion, le impuso las manos, y pocos dias despues, fué curado. Volviéronle los cabellos, y volvióse á su casa, despues de haber glorificado á Dios y dado gracias á su siervo. »

Paladio dice tambien que se hallaba presente cuando le llevaron una joven de Tesalónica en Macedonia, la cual estaba paralítica hacia ya muchos años. Movióse á compasion al verla tendida en tierra delante de su celda. Aplicóle durante veinte dias el aceite bendito y rogó por ella, y al fin de este tiempo encontróse curada y se volvió á pié á su casa. Envio igualmente á un niño atormentado por el espiritu maligno, frotándole con el santo aceite y derraman-

do sobre él agua bendita ; y Paladio se hallaba presente á este milagro.

Este escritor nos da tambien un saludable aviso que recibió de él en una importuna tentacion de que fué atacado : « Jui á él, dice, con una gran pena de espiritu, y le dije : « ¿ Qué debo hacer yo, Padre mio, hallándome turbado por enfadosos pensamientos que me dicen sin cesar : Abandona este lugar porque no haces en él ningun progreso en la virtud ? Y él me dijo : No respondais á vuestros pensamientos más que esto : Guardo las paredes de mi celda por el amor de Jesucristo. »

La vigilancia y los cuidados de San Macario en favor de los solitarios que estaban bajo su conducta, ya como antiguo padre del desierto, ya en calidad de sacerdotes, fueron aprovechados por un gran número de ellos, pero no por todos. (Vit. P. P. l. c. 31) Paladio fué testigo de la caida de uno de ellos, natural de Palestina y Corintio de espiritu, á causa de su presuncion, puesto que San Pablo atribuye este vicio á los de Corintio. Este solitario se llamaba Valente. Habiendo ido al desierto, practicó durante algunos años grandes austeridades ; pero dejándose llevar de pensamientos de una loca estimacion de su virtud, cayó desdichadamente en los lazos del demonio, porque véndole este espiritu seductor dispuesto á seguir sus ilusiones, le hizo creer que era digno de conversar con los espíritus celestiales. Un dia en que trabajaba siendo ya muy tarde y sin luz, perdió la aguja con que cosia sus cestas, y no pudiendo encontrarla, el espíritu maligno le encendió un hachon con el que la encontró. Créyó que esto era un favor del cielo, y concibió por esta causa una tan alta opinion de sí mismo, que se desdeñó de hacerse participante de los santos misterios, como si no tuviese necesidad de ellos.

Por aquel tiempo llevaron á los hermanos algunos frutos secos a la iglesia, y habiéndolos recibido San Macario,

envió á cada uno un puñado de ellos á su celda. Valente no quedó olvidado en esta distribucion ; pero en vez de recibirlos con acciones de gracias, ultrajó y hasta pegó al que le traia los frutos, diciéndole : « Vete á decir á Macario que yo no soy menos que él para recibir su bendicion. »

Habiendo el Santo recibido esta respuesta y comprendiendo cuán caido estaba en la ilusion, fué al día siguiente á encontrarle para exhortarle á salir de ella ; pero esto fué inútil. Vióse obligado á retirarse, penetrado de pesar por el estado en que le dejaba ; pero el demonio se aprovechó de él con ventaja para confirmarle siempre más en su error. Presentóse á él bajo la forma del Salvador, haciéndose preceder por otros demonios transformados en angeles de luz, que tenian en sus manos antorchas encendidas, y uno de ellos le dijo : Jesucristo satisfecho de vuestra conducta, y sobre todo de vuestro valor y confianza en él, viene á honraros con su visita. Salid pues de vuestra celda, y cuando le veais, postraos ante él y adoradle ; despues de lo cual volveréis á entrar aquí. »

Salió pues de su celda y vió todo aquel espectáculo y aquellas luces fantásticas. Adoró al enemigo de Jesucristo creyendo que era el mismo Jesucristo ; y al día siguiente, trasportado de gozo por esta vision, tuvo la temeridad de ir á la iglesia y decir en presencia de los hermanos : « Yo no tengo necesidad de comulgar ; porque hoy he visto á Jesucristo. » Viendo esto los padres le hicieron atar, pusiéronle los hierros á los pies durante un año, priváronle todo trabajo y austeridad y le redujeron á una vida comun, dando muestras de tenerle en gran desprecio á fin de reprimir su orgullo con la humillacion, y añadieron á estos saludables remedios oraciones que hicieron por su conversion. Paladio no dice qué efectos produjeron. El mismo autor habla de otro solitario llamado Eron, cuya celda estaba vecina á la suya. Era, dice él, un joven muy

bien nacido, de rico natural y de excelentes costumbres. Practicaba grandes austeridades y hasta había estado frecuentemente tres dias sin comer, no viviendo más que de la sagrada Eucaristia, y por otra parte veces solo pasaba con algunas yerbas salvajes que encontraba.

Pero dejóse llevar desgraciadamente por la vanidad, y hasta llegó á perder toda clase de respeto para con sus superiores, diciendo que no era necesario tener otros directores y otros maestros que Jesucristo, y no quiso participar más de los sacramentos. Esto fué causa de que se viesen obligados á encadenarle ; pero habiéndose el demonio apoderado de su corazon, no pudo morar más en su celda y se fué á Alejandria, en donde se abandonó á toda suerte de desórdenes. Dios tuvo piedad de su alma y para hacerle volver á buen camino, envióle una espantosa enfermedad de la que no curó hasta despues de seis meses. Esto le hizo entrar dentro de sí mismo. Recobró sus pensamientos primitivos, volvióse al desierto, en donde hizo á los padres la confesion de sus faltas con sentimientos de una sincera penitencia, y murió pocos dias despues.

Hemos interrumpido la historia de San Macario con esta digresion ; pero, como dice Paladio, es bueno referir semejantes ejemplos, á fin de que, si nos acontece hacer algunas obras buenas, no nos levantemos y creamos por esto ser virtuosos, puesto que se vé frecuentemente que los actos de virtud son ocasion de caidas, cuando no se hacen con la pureza de intencion que debería tenerse ; porque está escrito : *Vi perecer al justo con su justicia.* (Eccle, 7, 16.) Lo cual hace ver cuán grande es la miseria de los hombres.

Verémos en la vida de San Macario el Viejo algunas circunstancias de la vida de este, que le son comunes á él. Finalmente San Macario de Alejandria. (Till. t. 8, p. 627) despues de haber pasado al menos sesenta años en la sole-

dad, terminó con su muerte una vida de santidad y prodigios, y dejó despues de sí, con el recuerdo de sus virtudes, la memoria de uno de los más célebres solitarios que han santificado los desiertos por su amor á Dios y por la práctica de una severa penitencia.

Ha habido muchos solitarios nombre por Macario. Nosotros hemos citado ya á tres de ellos en las vidas de San Antonio, San Pacomio y San Teodoro el Santificado. He aquí algunos rasgos, que tomamos de Paladio de un solitario y sacerdote de este mismo nombre :

« Un joven pastor llamado Macario siendo de edad de diez y ocho años, que se divertia con sus compañeros, mató á un hombre sin querer. Al instante sin, decir nada á nadie, se retiró á un desierto que todo el mundo sabe ó por haberlo visto ó por haber oido hablar de él, que es un lugar seco y estéril (Sozomeno dice que es el desierto de Sceté), (Hist. 1. 6. c. 29.) Y estaba tan llevado del temor de Dios y de los hombres, que permanecio allí tres años al descubierto, expuesto á todas las injurias del aire, sin poner en ellas atencion. Despues de este tiempo edificó una celda, y perseveró en ella veinticinco años, viviendo con tanta piedad, que Dios le colmó de gracias y le hizo temible á los demonios, que algunas veces querian turbar el reposo de su soledad.

« Yo estuve mucho tiempo con él, añade Paladio, y le pregunté un dia cuáles eran sus sentimientos con respecto al asesinato que habia cometido en su juventud. Él me respondió que no se affigia ya por él, sino que más bien daba gracias al Señor porque aquella accion hecha sin su voluntad, le habia sido ocasion de santificarse. Citó á este propósito el ejemplo de Moisés, el cual, habiendo dado muerte á un Egipcio y habiendo huido al desierto por temor de Faraon, fué encontrado digno de ver á Dios, de recibir de él grandes favores y escribir por inspiracion suya los

Libros Santos que nos ha dejado, porque no llegó al monte Siná hasta despues de la huida de Egipto. »

Yo no digo esto, prosigue Paladio, para autorizar los asesinatos, Dios me libre de esto ; sino solamente para mostrar que algunas veces los hombres, que por sí mismos no se decidian á practicar el bien, se han visto inducidos á él por un efecto de la Providencia, que ha hecho servir á este fin casos extraordinarios, y que parecia que solo habian sucedido por casualidad.

Encuétrase en la *Recoleccion de las sentencias de los Padres*, hecha por Cotelier, un hecho que no conviene ni á San Macario de Egipto que abrazó muy joven la vida solitaria, y el cual por consiguiente parece convenir más bien al del cual acabamos de hablar, segun advierte Tillemont. Dicese pues que siendo solitario, cuando algun hermano iba á encontrarle para recibir de él alguna instruccion, y le daba al presentársele alguna señal de respeto, como si tuviese veneracion á su virtud, le era imposible sacar de él una sola palabra ; pero cuando se le decia familiarmente y dando muestras de poca consideracion hácia su persona : Abad Macario. ¿ Os acordais de cuando conduciais los camellos ? ¿ y vuestros amos nos os pegaban cuando robabais el nitro y os sorprendian en el hurto ? entonces respondia con alegria á todas las preguntas que se le hacian.

Paladio habla tambien de un Macario sacerdote y director de un hospital en Alejandria, del cual cuenta una historia igualmente agradable que instructiva, la cual citaremos aqui como muy útil, aun cuando este Macario no haya sido solitario.

Habia en Alejandria una virgen que no merecia llevar este nombre, puesto que, bajo un hábito humilde y modesto escondia un corazon soberbio y tan apegado á los bienes de la tierra, que jamás dió nada, ni siquiera en limosna. Muchos Santos personages le habian dado amonestaciones

que debieran haberla movido ; pero siempre se habia hecho insensible á ellas.

Por otra parte tenia padres y habia adoptado una sobrina, hija de su hermana, á la cual prometia continuamente que le daría sus bienes ; habiendo, dice Paladio, perdido por su culpa los bienes celestiales. El demonio, dice el mismo autor, la entretenia en esta sórdida avaricia bajo pretexto de tener cuidado de sus padres, y más particularmente de su sobrina. Pero aun cuando se debe asistir á los padres, cuando de ello tienen necesidad, no se deduce de aqui, que se pueda despreciar el alma, como lo hacia ella.

Macario, sacerdote y administrador del hospital de los lisiados, queriendo un dia intentar curarla de su avaricia, advirtio esta invencion. Habia sido en su juventud lapidario, y entendia mucho en pedreria. Fué pues á encontrarle y le dijo que habian caido en sus manos esmeraldas y jacintos, pero muy hermosas y de un precio muy crecido, las cuales sin embargo vendia por quinientos escudos. Y que si él las deseaba, una sola valia esta suma, que podria revenderla por este precio, y que así quedándole las otras sin que le costasen nada, servirian muy bien para adorno de su sobrina.

La virgen avara, trasportada de alegría con tal proposicion se arrojó á los pies del santo hombre, y le rogó encarecidamente que hiciese de modo que nadie más que ella tuviese aquella pedreria, y dióle al instante el dinero que pedia, aun cuando le ofreció antes de recibirle, mostrarle las piedras. Macario tomo los quinientos escudos y los empleó en las necesidades de su hospital, sin apresurarse en dar cuenta de ellos á esta virgen. Trascurrió bastante tiempo sin que le dijese nada de esto, y ella por su parte no se atrevió á hacer por sí misma que la conversacion recayera sobre tal materia por respeto á su mérito, y porque gozaba de gran reputacion en la ciudad.

Finalmente, habiéndole encontrado un dia en la iglesia,

le preguntó qué se habia hecho de las piedras por las cuales habia recibido de su mano quinientos escudos. « Las compré al instante, le respondió él. Tomaos la molestia de venir á mi casa, si os place, y si no estais contenta de ello, las guardaré y os devolveré vuestro dinero. »

Ella le siguió apresuradamente, y cuando hubieron entrado en el hospital, le mostró la habitacion de los hombres y de las mugeres, y le dijo : « ¿ Cuál deseais vos de estas piedras preciosas ? ¿ Quereis jacintos ? estos son las mugeres que están allá arriba. ¿ Quereis esmeraldas ? estos son los hombres enfermos que teneis allá abajo. Yo no creo que se puedan encontrar pedrerias de mayor precio. Si no estais contenta de ellas, no teneis más que volver á tomar vuestro dinero. »

Esta tácita correccion que el santo hospitalario hizo á su avaricia, la hizo sonrojar de vergüenza. Ella no se atrevio á pedir su dinero y volvióse penetrada de dolor por haberse hallado en una especie de necesidad de hacer aquella limosna ; pero al ver que su sobrina á la que tanto amaba se habia ya casado y que sus hijos habian muerto, abrió los ojos sobre su apego á los bienes de la tierra. Miró lo que Macario habia hecho como una caridad que habia ejercitado para con su alma y le dió por ello las gracias ; y desde este tiempo fué tan liberal para con los pobres, cuanto habia sido antes avara.